

R
2557

H
O
R
I
Z
O
N
T
E
S
P
O
E
S
I
A
S
P
E
D
R
O
L
U
I
S
L
E
P
I
N
E

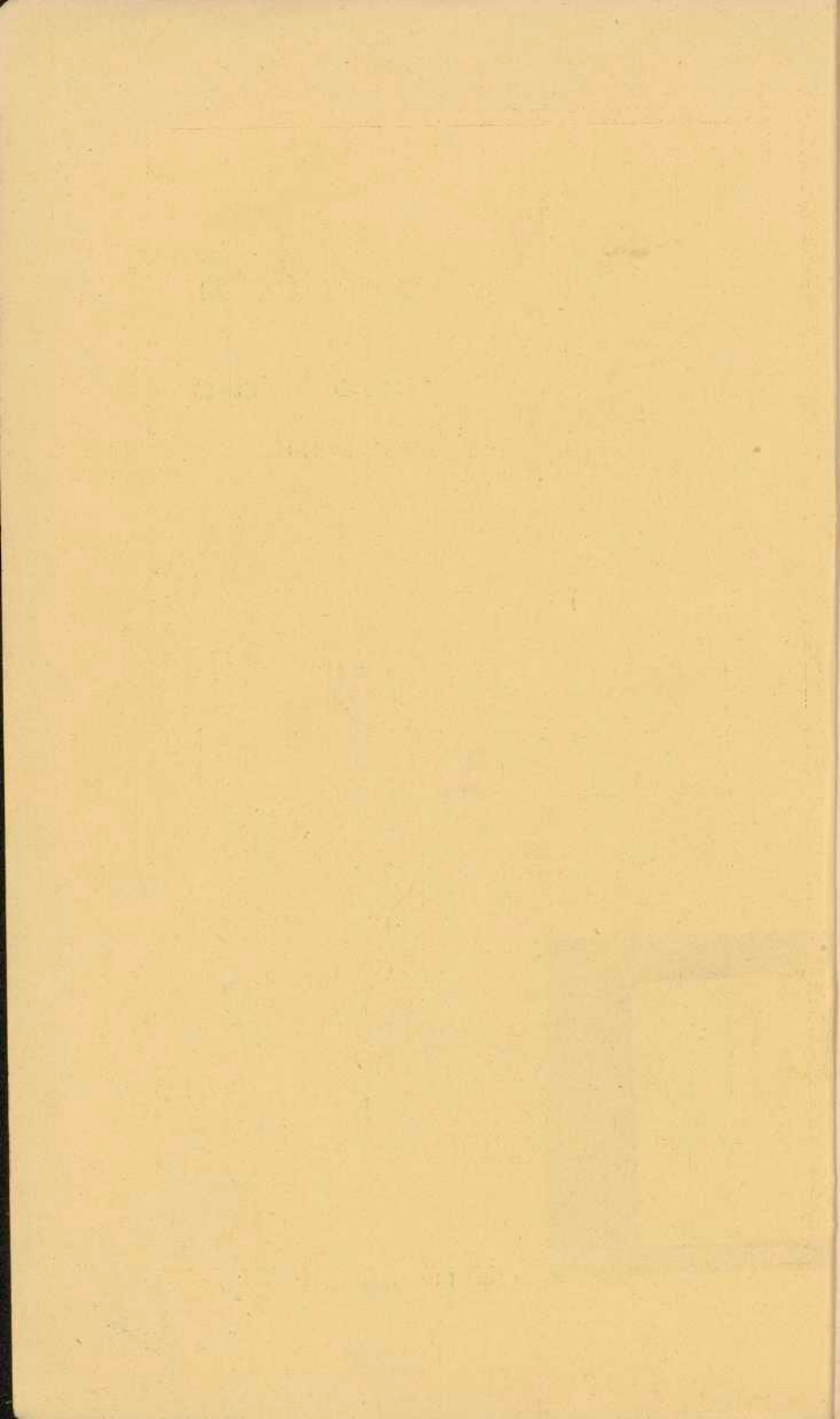


Y
R
U
T
A
S

R
2557

Pedro Luis Lepine

Imprenta General de J. Jalón Mendiri



Propiedad Intelectual n.º 237
135007

PEDRO LUIS LEPINE

HORIZONTES Y RUTAS

(POESÍAS)

Pedro Luis Lepine

1931

Imp. General de J. Jalón Mendiri

Logroño

R. 70.365



HORIZONTES Y RUTAS

(POESÍAS)

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.

OFRENDA

*Para mi querido amigo
Joaquín Martínez
El Autor*

OF REND A

THEY IN THE HOUSE

OF COMMONS

IN 1845

A JESÚS CASAS

Miel sobre la erguida testa.
Frente de abiertos senderos.
Ojos del mar; con la brisa
mansos, fieros con el viento.

Recia nariz aguileña
de perennes aleteos . . .
Labio bermejo, saliente
hecho de almíbar y hierro.

Franca siempre la mirada
en sus brisas, en sus vientos.
Sabio siempre el grueso labio
en su almíbar, en su hierro.

Cúpula inquieta, nostálgica,
mirándose en tierra y cielo
— Unamunesco luchar
sin nunca dar tregua al seso —
¡ Siempre sobre el edificio
rumiando al arcano eterno !

* *
*

Campanitas de Sanabria;
las que en alegre concierto
al nacer le festejasteis:
¡ lloradle ahora en silencio!

NOCHE DE REYES

Por recibir a los reyes
de la clásica leyenda
zapatitos de charol
calzan la noche de fiesta.

Cómo llueve, cómo llueve
en la fría nochenera,
Los ángeles en el cielo
cantan: « que llueva, que llueva.»

De efímeros surtidores
el liso asfalto se llena;
y el buen Noel a caballo
de la fina lluvia llega,
el entrecejo fruncido
y empapada la melena

En el bazar de la noche
los juguetes se descuelgan
y mientras los querubines
en las cunas, sueñan, sueñan . . .
lindas hadas, en camisa,
por los balcones pasean.



Al rededor de las casas,
resbalando por las tejas,
la lluvia con sus broquitas
borda un calado en la tierra.

PUESTA DE SOL

Ya declina la tarde mansamente.
El labriego abandona su tarea.
La brisa se ha dormido. Lentamente,
torna grave la yunta hacia la aldea.

Silencio. Nadie ... El trigo palidece ...
Vaga cauto un milano en la penumbra.
Una esquila ... El campo se estremece ...
El Sol, se extingue lento ... ¡ Ya no alumbra ...!

Sentado en la colina miro y ... pienso.
Una dulce inconsciencia me satura
el alma. Cruza un águila lo inmenso ...
Quisiera irme: a donde ... Me tortura
este anhelo sin nombre ... ¡ Soy incienso
que se eleva, temblando, hacia la altura ...!

MARGARITA GAUTIER

Espuma el champán de tus glaucas pupilas
en una alegre orgía de risas incitantes
mientras muerdes la fruta de tu labio encendido
con las perlas jugosas de tus dientes brillantes

Tendida en la chaise-longue, en lúbrica postura
tu mágico desnudo mostrando negligente,
el níveo brazo al cuello y tu cabello de oro
cubriéndote tu cuerpo divino castamente.

En torno tuyo orondos y viejos aristócratas
rindiendo a tu belleza lascivas cortesías.
Tu alma lejos, muy lejos, tejiendo sueños diáfanos
mientras tus labios cuentan ficticias alegrías.

Pero ya está aquí Armando que despierta en tu
el amor verdadero que soñaste aturdida [espíritu
y al huir con tu amado del París bullanguero
te redimes y empieza para tí nueva vida.

El tétrico Destino cortando tu ventura
te arroja nuevamente al viejo deshonor.
¡Que pobre Margarita! ¡Amando como tú amas
y tener que venderte traicionando tu amor!

Ya no sabes fingir ni te ríes jamás . . .
Tus galanes se aburren y te olvidan groseros.
¡Solo el padre de Armando -verdugo arrepentido-
acompaña y endulza tus momentos postreros! . . .

DOLOR

Tras del mucho gozar, vino el dolor
del mal y del olvido . . .

Tras del raudo correr, vino la calma
silente y angustiosa . . .

¡ Cómo pesan estas horas de tedio
sobre mi joven vida . . . !

¡ Galante rui señor,
que después de ofrecer la melodía
divina de tu canto,
entre labios de rosas y azucenas,
por parques y jardines,
fuiste a parar extinto sobre un páramo
olvidado y terrible . . . !

¡ Pobre álamo perdido,
solitario y enfermo, en plena sierra ! . . .

¡ Tejió la impía oruga
un sudario funesto entre tus ramas
y extinguióse el verdor
y la dulce alegría de tus hojas . . . !

Desterrado, doloroso y sombrío
veo el lento pasar
de mis jóvenes horas tritemente.
¡ Como ese álamo aislado
que llora su dolor en la montaña . . . !

SOR ASUNCIÓN

Para tí, blanca monjita de los ojos azules

En la fiesta del cielo las estrellas envían
sus sonrisas de nácar a las rosas de Abril.
El estanque se llena de la noche pintada;
y los grillos entonan su plegaria febril . . .

El jardín recamado de azucenas y lirios
es alcoba nupcial de intangibles amores.
Y en la brisa de azahar su elegía desgrana,
cono lluvia de besos, el galán de las flores . . .

Ella cruza silente, sin que apenas murmure
a su paso la arena leve queja de seda.
Y su nítida toca — fugitiva crisálida —
vuela y besa las rosas y en las rosas se queda . . .

Bajo el claro de luna que se filtra en la umbría
es su imagen alada peregrina visión;
la mirada perdida soñolienta y lejana
deshojando el recuerdo de una grata ilusión.

Yo quisiera, monjita de los ojos azules,
recitarte mis versos en la oscura glorieta
arrancarte una lágrima y beberla anhelante
y besarte en los labios como besa el poeta . . .

Confundirme en la gloria de tus brazos de nácar,
en el lazo divino de tu amor virginal,
y soñar en el Cielo, y mirarte extasiado
con el alma preñada de un anhelo inmortal . . .

Ven, monjita, mis brazos anhelantes te esperan
en la umbría callada del jardín seductor . . .
En mis labios hay besos y palabras ardientes;
¡y mi pecho encendido está lleno de amor . . . !

SEMBLANZA

Procurando solaz a mi eterna amargura
por abrupto sendero camino a la ventura,
la esperanza en mi mente y en mi pecho el dolor . . .
A mi paso me encuentro solo lívidas rosas
que un instante sonríen en mi mano gozosas
para luego extinguirse de mi boca al calor . . .

Ilusiones, quimeras, esperanzas y amores
a mi lado agonizan como expiran las flores
en el triste silencio de olvidado jardín.
Soy la sombra de Bécquer, su dolor es el mío,
pero yo menos poeta de mis penas me río
y optimista me olvido de mi próximo fin . . .

MARÍA

Tus negros ojos tienen destellos lujuriosos
incitantes promesas de sabrosa ardentía.
En tu boca jugosa hay sonrisas livianas
y palabras henchidas de alegre picardía.

Si en tu carne morena resbala la caricia
enervante, sedienta de mi roja mirada,
estremece tu cuerpo un temblor inefable
y sonríes gozosa de placer saturada.

Conozco de tu cuerpo los lúbricos resortes
y puedo como nadie hacerte estremecer
y llevarte entre desmayos lascivos y enervantes
por la dorada senda del beso y del placer.

Ya ves, María, tienes juventud, hermosura
y un amante que puede hacer grato tu anhelo.
¡La noche nos invita... Duerme el campo, y la luna
nos sonríe enigmática desde el Trono del Cielo !

JUNIO

Esta mañana cogí,
temblando, la última rosa
porque era la más hermosa
que en el rosal conocí.

Pensaba, al cortarla, en tí,
cuando pintada y graciosa
se posó una mariposa
cerca, muy cerca de mí.

La miré y ella miró
la rosa presa en mi mano,
con un mirar tan humano
que mi alma, muda, tembló.

Y luego, incierta, voló
por la brisa del verano:
¡buscando rosas en vano,
por la umbría se perdió!

¡En mi pupila asomaba
una lágrima sincera
al ver que la Primavera
lejos, muy lejos, volaba . . . !

RUTAS

Es mi camino de sombras
y negras rosas de lino
de estériles esperanzas
y de anhelos incumplidos.

El horizonte, impasible,
tira del viejo destino
que muestra un pobre esqueleto
entre su ropa escondido.

En la cumbre del amor
hay azucenas de vidrio
que tienen risas de estrellas
en las noches del olvido.

Y la gloria —cortesana
veleidosa y de capricho—
ofrece lúbrica y necia
sus senos al elegido.

En el jardín del pasado
juegan al corro los niños:
« Arroyo claro » añoranzas
de colores siemprevivos,
en mis pupilas gastadas,
ponen sus diáfanos ríos.

Cantares puros del alma
tengo en mi pecho escondidos.
¡ Cantares puros del alma:
enarenad mi camino . . . !

SUEÑO

La noche, viuda de luces,
se desleía en suspiros
de linfa pura de arroyos
y de nostálgicos grillos.

Erraba en la blanda brisa
suave aroma de jacintos,
y el azahar se despertaba
en los naranjos dormidos.

Solos los dos, en la umbría
que da cantares al río,
jugábamos a querernos
ella fría y yo encendido.

Ella reía impasible.
Yo suplicaba lascivo
llena mi carne de brasas
y de rudos apetitos.

Mi mano febril rasgaba
la seda de su vestido,
y se clavaban mis uñas
en sus muslos exquisitos.

Tienes, latente, mujer,
una rosa entre dos lirios:
¡rico nidal de placeres
entre tu cuerpo y el mío!

Risa sarcástica y fría
desenvainó mi cuchillo ...
¡Collar de rojos claveles
ciñó su cuello divino ...
y en la noche se mezclaron
extertores y suspiros ...!



LA VELEIDOSA

Ayer,—¿ fué ayer, mujer ?—temblabas a mi vera
escuchando turbada la idílica quimera
que en mis ávidos labios ardiente florecía;
el fuego de tu boca, rendida, me ofrendaste,
y entre lúbricos besos, llorando, me juraste
ser siempre solo mía . . .

Por el mismo camino solitario que ayer
saturaste mi cuerpo de dulzura y placer,
hoy,—¿ ha sido hoy, mujer ?—te he visto sonriente
del brazo de un hombre perderte en la floresta . . .
Y mañana . . . será otro el que goce la fiesta
de tu carne caliente . . .

EL PRIMER BESO

El lirio de tu mano perfumada
me ofreciste en señal de despedida.
El amor se paseó por tu mirada,
y una cita me diste estremecida.

Silencio . . . ¡ Tembló la carne encendida ! . . .
Y al mirarnos ansiosa y largamente
se unieron nuestras manos nuevamente . . .
Anhelante, vi en tu boca de fresa
dibujarse, graciosa, una promesa;
¡ y te dí el primer beso dulcemente !

CAMPANAS

Sus gratas fiestas añoran
las campanas bulliciosas:
¡ A muerto tocan celosas,
en la tarde ! ¡ Cómo lloran ! . . .

El largo y triste sonido
que lleva el viento inclemente
el corazón del paciente
hace temblar dolorido.

La cigüeña, en la cornisa
más alta del campanario,
escucha el son funerario
que pone luto en la brisa.

Y en el éxtasis, se advierte,
de su figura arrogante
que tiene el sueño inquietante
que hace pensar en la muerte.

El Sol su ocaso columbra . . .
El milano se despierta . . .
¡Abre a la noche su puerta
misteriosa, la penumbra ! . . .

OCASO

Llevo en mi faz, terrible y macilenta,
el sello inconfundible del dolor.
¡Espejo de una vida turbulenta
que me habla del pasado con horror! . .

Mis pupilas, sombrías y elocuentes,
dicen la aleve esencia de mi mal.
Mis frases son pausadas, como fuentes
que agotaran su líquido caudal.

Una tos, seca y débil, me tortura.
Tos que pone en mis labios rojas rosas.
¡Corona de una muerte prematura
que cae sobre mis manos temblorosas!

Cruel, o necia, la gente me rehuye.
Ya no estoy en la lista de la vida.
¡ De la tarde que expira, ved cómo huye
el lobo, temeroso, a su guarida ! . .

Yo también huí, cobarde o necio,
de gentes de faz doliente y fría.
¡ Hoy apuro aquel cáliz de desprecio
en la amarga visión de mi agonía ! . .

¡ Que somos arbolitos del camino
y un huracán cualquiera nos quebranta,
y nos lleva, en funesto remolino,
hasta el triste final que nos espanta !

ABRIL

Sonríe y tiembla la tierra
bajo el calor de su sabia.
¡ Madre que siente gozosa
bullir el hijo en su entraña !

Entre magnolias de carne
los claveles se desgranar.
¡ Rojos labios que, anhelantes,
se marchitan entre brasas !

Soldados limpios de pena
alondras de oro levantan
que dan el canto armonioso
de su vibrante tonada . . .

El incienso llena el aire
con la seda de sus alas.
La mantilla y la peineta
a las bellas engalana.

Hay niños tristes que visten
una túnica morada
y llevan, lentos, la cruz
sobre sus tiernas espaldas ...

Las niñas lucen graciosas
sus lindas alas de gasa.
En las sandalias, desnudos,
Sus piecitos de nácar.

Ya llega «La Macarena»
más deslumbrante que el Alba
con su cortejo de estrellas
de brillantes y esmeraldas.

La Virgen del cielo envidia
su belleza sevillana.
¡Es tan bonita, que al verla
dan deseos de besarla !

Una mocita ojerosa
desde el balcón asomada
lanza al viento su saeta:
¡ jirón ferviente de su alma !

Una emoción inefable
arranca gritos y palmas . . .
¡ Y en un ventanuco humilde
llora, en silencio, una anciana !

ANHELO

Quisiera edificar con paja y tierra
un pobre hogar, situado
en el pico más alto de la sierra
del mundo y de los hombres olvidado.

Para mí una mujer que me cuidara,
que a un mismo tiempo fuera
humilde y hacendosa, y que me amara
como madre, y hermana, y compañera.

Tener como santuario de mi nido
una linda alcobita
para hablar con mi musa suspendido
cual si hablara con Dios en una ermita.

Y luego de tejer las inconcretas
ideas caprichosas
que solamente tejen los poetas
con palabras divinas y armoniosas

llegar hasta mi esposa, silencioso,
—que bordando estaría
sonriente, el gorrito primoroso
del hijo que en su seno sentiría,—

besarla, de improviso, largamente.
La aguja y el dedal de oro guardarle.
Recitarle mis versos dulcemente:
¡y una diáfana lágrima arrancarle!

DESPELIDA

Un sueño blando, suave, de lírica sonrisa,
—color, aroma, vida—vendrá su himno cantando.
Será en Abril. Las rosas, dormidas en la brisa,
tendrán suave el respiro, la sierra perfumando.

La hierba verde, erguida. Los pinos, la violeta,
romeros y tomillos, pondrán una guirnalda
de aromas en el céfiro. La niña, alegre, inquieta,
de rojas amapolas irá orlando su falda.

Mañana de rocío, de músicas aladas;
con grillos inflamados y raudas golondrinas.
Mis labios sonrientes,—mis penas disfrazadas—
me iré, en mi frente, ideas ciegas, peregrinas.

Quizás una mirada lejana y encendida
te envíe, me devuelvas. Temblor indefinible
del alma y de la carne. Oculta, comprimida,
la lágrima rebelde, ¡marcando un imposible!

POEMA DE NIEVE

Esta noche, silenciosos, en lindos
trapecios de plata bruñida,
jugaron los niveos ángeles
lanzando piruetas divinas.

Sus plumas argénteas, cayeron
deslizándose hasta el suelo tranquilas . . .
¡La sierra han cubierto de albura
y han vestido de azahar las colinas!

Hoy el rebaño, estará en el aprisco,
dormidas las áureas esquilas . . .
¡No quiere pisar la sierra tan blanca!
¡No quiere pisar las plumas benditas!

Hoy el águila audaz
no hendirá los cielos altiva,
por no ensombrecer con sus alas
del ángel las plumas dormidas.

Hoy el fiero milano
no hará presa en el ave sencilla.
por no mancillar con sangre el armiño
del ángel de plumas tan lindas . . .

¡Pero el hombre brutal,
con vil menosprecio, pisa que pisa,
pondrá su planta en la nieve, manchando
del ángel las plumas divinas!.

DUELO NOCTURNO

La luna agonizaba
con exhaustos reflejos,
de su nave sombría
en el túmulo negro,
como un cirio agostado,
cuyo pábilo seco
la luz vierte, oscilando,
sobre el tétrico muerto.

Retumbaban los gongos
de las nubes, siniestros;
los montes y las rocas,
sus entrañas gimiendo,
repetían medrosos
el extraño concierto.

Los leones del mar,
bramaban turbulentos,
sus montañas de baba
en la playa vertiendo.

Aulla que aulla, rabiosos,
los chacales del viento
en el bosque cruzaban
por los árboles trémulos,
que plegaban sus ramas
tiritando de miedo.

Y los buídos cinceles
de la lluvia cayendo
taladraban la tierra
penetrando en su seno.

SONRISA DE ESTÍO

Pliega la noche su corvino velo.
Ya viene el día con su áureo ropaje.
Despierta y se enciende el pálido suelo.
Rutilan mil gemas entre el ramaje.
Canta una alondra perdida en el cielo.

Ya se desgarrá el celaje brumoso
en los pinos, y en jirones se eleva,
y se pierde en la altura tembloroso.
El río reverbera nemeroso
y su linfa mil cánticos se lleva.

Respira la brisa, y al blando aliento,
abren las flores sus pétalos leves;
ciñen sus tallos con noble ardimiento;
juntan sus labios y lanzan al viento
húmedos besos sublimes y breves...

DESEO

¿ Qué fuego me sustenta y me preside
que no ceso, mujer, de recordarte ?
Eres deseo que mi sangre pide,
y eres un grito que de mi alma parte.

Yo diera, ¡ vida mía !, por gozarte,
pedazos da mi carne dolorida.
Tan fuerte es mi pasión, tan encendida,
que si he de vivir al fin sin poseerte,
será tu amor la causa de mi muerte :
¡ que es muerte sin tu amor la misma vida !

CITA

¡ Hermosa está la noche
de estrellas recamada,
henchida de perfumes
y llena de nostalgias !

Está dormido el prado,
la nieve, la montaña,
los pinos y el romero.
¡ Soñando el Guadarrama ! . . .

Allí, en el valle, hay luces
exóticas que danzan.
¿ Serán estrellas rubias
que quieren contemplarla ? . . .

En el luto silente
de la noche aromada
duerme y sueña la rosa
blanca y pura de mi alma . . .

Cual vigías atentos
de mi dulce esperanza,
escudriñan mis ojos
la luz de su terraza.

Petrificado, absorto,
sentado en la ventana,
acezoso el aliento,
espero que ella salga.

No por verla, que llevo
pegada en mis entrañas,
y es parte de mí mismo,
su imagen adorada.

Lo que quiero es saber
que piensa en mí y que me ama . . .
¡ Mas ya tarda en salir ! . . .
¡ Qué noche tan callada ! . . .

Llama, noche, a su alcoba,
¡ que se despierta mi alma !;
¡ que vea tus estrellas
rutilantes y blancas !;
¡ que aspire tus perfumes
y sienta tus nostalgias,
a ver si se conmueve
y sale a la terraza ! . . .

ESTAMPA ANDALUZA

Cielo andaluz. El Sol brilla.
Ríe el circo de la aldea.
En los ojos cabrillea
la alegría del montilla.

Las mozas lucen, gozosas,
sus pañuelos de colores.
Hay madrigales y flores
para todas las hermosas.

Los mocitos pintureros
se contemplan la pechera,
se ciñen la guayabera
y dan coba a los toreros.

La alcaldesa ríe ufana
con su mantón de Manila
y graciosa se perfila
con humos de soberana.

Mientras el alcalde orondo
un habano lento apura
y discute con el cura
de toros y cante « jondo ».

De pronto, por los tendidos,
surgen palmas y jaleo
y hay miradas de deseo
en los ojos sorprendidos.

En un palco engalanado
de claveles, se presenta
Rocío, la presidenta,
luciendo un rico tocado.

Y con la bella manola
aparecen sonrojadas
seis mocitas, adornadas
con la mantilla española.

Saludos y madrigales.

Un pasodoble gitano
y el despejo soberano
de los toreros junciales.

El sol con sus rayos bellos
da a las gargantas cantares,
y viste los alamares
de miríficos destellos.

En la plaza—sangre y oro—
hay un anhelo inquietante.
Reina el silencio un instante.
Suenan el clarín. Sale el toro.

Un arlequín festejero
se acerca, al toro, marchoso,
que enviste fiero y rabioso
el alhelí del torero.

El hombre, impasible, espera.
Vence su engaño en la suerte.
Y le prepara la muerte,
dándole el pecho, a la fiera.

La bestia queda vencida . . .
! Pone el hombre su baluarte
de su bravura y de su arte
sobre la arena encendida !

Una inefable emoción
por la carne se pasea,
y se agita y se recrea
placentero el corazón.

Brisa de azahar. Lento el sol
traspone la última cumbre
¡ Queda en la plaza la lumbre
del bravo pueblo Español !

ERA UNA TARDE DE MAYO

El sol doraba la tierra
con el calor de sus rayos
y se abrían las corolas
de las flores a su paso
exhalando su perfume,
tan sutil y delicado
que adormían los sentidos
en un deleite pagano.
¡ Aquellas rosas fragantes
pintadas novias de Mayo !

Cantaban los pajarillos
sobre el jaspe de los campos,
y en el columpio invisible
que les regala el espacio.

Era la brisa tan suave
como el aroma de un nardo;
tan mansa cual el respiro
de un niño que está soñando
con las hadas y las flores;
y sobre el mundo, a caballo,
la augusta paz de aquel cielo,
vestido de añil y raso,
presidiendo la armonía
de la tierra y de los astros...

Respiraba poesía
aquella tarde de Mayo,
solos tú y yo en el silencio,
voluptuoso, de los campos,
junto a un río plañidero,
sobre la hierba sentados
tu blanca mano tenía
entre las mías, temblando

como un pajarillo preso
en el ardor de mi mano.

Te miraba y me mirabas,
en ese silencio santo
que se miran los que se aman
como tú y yo nos amamos.

¡Cuanto tus ojos decían
en su lenguaje callado
con esa expresión divina
que envidia el ardiente labio!

Y así en silencio también,
nuestros labios se juntaron
¡en un beso indescriptible,
inmenso, largo, muy largo...!

Callaron los pajarillos,
los árboles se acostaron,
y plegaron sus corolas
las rositas y los nardos . . .

Y se fué el día, muy lento,
acostándose en su tálamo,
entre la púrpura añeja
de su áureo y pálido manto...

MARÍA

Eres tú más bonita que una estrella,
tan hermosa y fragante cual las flores;
mas tienes mi pasión siempre en querella
pues eres tan ingrata como bella
y pagas con desdenes mis amores.

HOJA DE ALBUM

Una cruz es mi vehemencia.
Calvario mi enfermedad.
Mi muerte tu indiferencia:
¡ que llevas la vanidad
a caballo en tu conciencia !

LUJURIA

De mi lujuria el caballo
galopa raudo a tu vera,
y te rasga los vestidos
con su relincho de bestia.

Sangran tus labios heridos.
Ruda caricia de fiera
puso en mis dientes la furia
que me enloquece y me ciega.

Las magnolias de tus senos
ondulan como la seda;
arden sus pétalos suaves
bajo mi boca sedienta.

Por mis pupilas inertes
pasa una nube bermeja;
corre mi cuerpo un espasmo
rígido, exhausto se queda.

De mi lujuria el caballo
retoza manso a tu vera.
Pone el placer en mis ojos
rabiosa y cárdena huella . . .

OLAS

Vuela con tus alas de oro,
mi tesoro.
Sigue, sigue, vuela, vuela.
—¿Ves aquel astro que brilla?—
Es de la Gloria la orilla,
carabela.

El mar ruge: a ti lanza
cuanto alcanza,
receloso de tu gloria.
Mas confía en el destino,
que te espera en tu camino
la Victoria.

—¿Dónde está mi carabela?—
Ya no vuela
entre la espuma del mar;
perdió su ruta divina
y a una playa peregrina
fué a parar . . .

EL NIÑO, LAS ROSAS Y LAS AZUCENAS

EL NIÑO

Rositas rosiclères,
argénteas azucenas,
copitas donde liba
la noche sus quimeras.

¿ Por qué vuestras corolas
inertes, lacias, cuelgan,
y mustias se deslizan
llorando hasta la tierra ?

Parecen lindas manos
de una niñita enferma,
colgando de la cuna,
muy pálidas y yertas.

¿ Qué tenéis, amiguitas ?:
contadme vuestras penas;
las penas de las flores
me gusta conocerlas.

LAS ROSAS

Vete, niño, a jugar:
¡ goza tu primavera !
nuestras cuitas no debes
mirar ni comprenderlas.

LAS AZUCENAS

Igual te digo, niño,
que mis hermanas: juega,
el tiempo te dirá
por qué se ajan mis sedas.

EL NIÑO

Pues ya que no queréis
contarme vuestras penas,
haré con vuestros pétalos
un rosario de perlas;
por cuentas las rositas:
¡ misterios de azucenas !
y rezaré a la Virgen
por las corolas muertas.

ESTAMPA

En suaves cendales
de seda de nieve,
la rubia princesa
parece que duerme.

Agosto. El balcón
abierto lo tiene.
La brisa acaricia
su cuerpo fulgente;
los áureos cabellos
el pecho le envuelven.

En seda ceñidos,
los senos turgentes.
Un rojo geranio
que la brisa mueve.

¡Qué cuello! ¡qué brazos!
de virgen yacente:
¡esculpida en mármol
toda ella parece !

De pronto, la Luna,
como un hada viene,
e inunda la alcoba
en una luz breve ...

Palpitan sus senos
cual lotos ardientes,
y el suave geranio
se pierde, se pierde ...

Que el hada hechicera
por hábito tiene
abrir de los lotos
sus pétalos leves . . .

La princesa espera
que el querube llegue
con alas de rosa
y besos aleves . . .

Su broche de perlas
y rojos claveles,
se abre, divino,
inquieto y riente . . .

Se estremece el tallo,
sublime y caliente:
sus lotos abiertos
también se estremecen . . .

Ya llega el amor,
y en sus ojos, vierte
corolas de fuego
de lirios lucientes . . .

Un último espasmo
su tallo conmueve.
El hada sonríe,
se aleja y se pierde . . .

DICIEMBRE

Noche de espeso celaje
cubre las casas de hiedra,
con la hiedra nebulosa
de la noche trasnochera.

En las calles solitarias
el sereno serenea . . .
A caballo se alejaron
las luces sobre la niebla.

Palidece en los hogares
de pie el turrón en las mesas
ante los ojos que brillan
y los dientes que se aprietan.

Danza el cuchillo en las manos
con inquietud de pelea.
Oscilando se desangran
en las copas las botellas.

De los nichos, olvidadas,
dando zumbidos de abeja,
resurgieron las guitarras
en la noche trasnochera.

Cual el vapor en la altura,
los sentires se condensan
en el nocturno armonioso
de la fiesta, fiesta, fiesta.

En las calles solitarias
el sereno serenea . . .
Algún bulto tembloroso
dormita sobre las piedras . . .

Amanece. Juega el viento
con las faldas de la niebla.
¡ Tirando de sus cabellos
para el monte se la lleva !

HISTORIA

MI INFANCIA.

El globito, la corneta,
el triciclo, la escopeta,
cuentos de hadas y cantar
siempre alegre en la plazuela;
¡ hacer « montiña » en la escuela
por jugar !

MI ADOLESCENCIA.

Mi dulce y bella quimera;
yo quisiera
tus ensueños realizar.
Ser un príncipe, un torero,
tener placeres, dinero,
y gozar.

MI MOCEDAD.

¡ Ilusiones, mariposas
que anidáis entre las rosas,
no volar !
Si habitáis siempre mi mente,
¡ joven seré eternamente
para amar !

MIS VEINTITRÉS AÑOS.

Aeroplano que en su viaje
se descuidó en un viraje
y a la tierra vino a dar,
y con su hélice partida
vé que se extingue su vida
¡ sin llegar !

ESTAMPA

¿ Qué hermoso jardín
es este que veo ?
¿ será el paraíso ?
Aquí ha puesto el Cielo.
de Mayo, el palacio
mejor y más bello:
hay de todas flores
menos crisantemos.

Tiene querubines
— lindos jardineros —
que las flores cuidan
con dulce desvelo.

Vestidos de gasas,
revuelan inquietos
con búcaros de oro,
el agua vertiendo
de las áureas rosas
en sus tallos tiernos.

Miradlos: ya vienen
por aquel sendero
de azules topacios
y de perlas lleno.

Hoy viene un anciano
también; es San Pedro,
sin duda, que juega
a veces con ellos.

Mirad: los querubes
un corrito han hecho
y al viejo metido

cantando en el centro:
le han puesto en los ojos
un suave pañuelo.

« Gallinita ciega »
— le dicen riendo —
en tanto le tiran
de su manto regio.

¿ Verdad que parecen
ingenuos polluelos,
en torno a la madre,
piando contentos ?

Mas calla: ¿ quién mira
la escena allá lejos
por las verjas frías
del jardín ameno ?

Es un niño pálido
y un viejo harapiento.
¿Que será lo que hablan ?
A ver: escuchemos.

El niño muy triste:
— ¡ Dichosos chicuelos !
El viejo llorando:
— ¡ Feliz ese abuelo !

Y en las rudas verjas
del jardín ameno,
nacieron temblando
también crisantemos . . .

CANTO A LA LUNA

Si la lírica Luna por el templo corvino
sus nostalgias deslíe con su canto argentino
o su nácar pasea sobre el trono del mar,
miro, miro que miro con el alma adormida,
a la virgen desnuda que en los aires anida
y quisiera sus labios con mis labios besar.

Es la ingente azucena que el espacio aureola
en las noches eternas siempre pálida y sola,
de los lotos abriendo su candor de marfil,
la que tañe en el arpa del poeta su lira,
la que mágica y bella languidece y suspira
en los brazos de rosas y los besos de Abril.

METAMORFOSIS

No te extrañe, mujer,
que hoy te hable infantilmente.

La enhiesta cumbre,
de mi espíritu, despejóse ya.
La niebla mezquina del deseo
se ha evaporado. Sube
tu respiro maternal a mi alma.
Se funde mi carne,
y se hace alma también.

* * *

Recuerdo aquella tarde
llena de pinos verdes
de suaves tomillos, de riscos graves.

Te hablaba rencoroso, sin mirarte,
que de haberte mirado,
¡ no hablara sin turbarme !

Y temblando, como un cobarde
que confiesa su crimen
a aquel que ha de juzgarle,
así te dije mis sentires,
llenos de fuego y de sangre ...

Hubo una pausa dulce,
indescriptible. Lloraban los pinos
lágrimas de resina suave:
y eran llanto del monte en la pendiente,
los riscos, en el vespertino paisaje.

Sentí, al fin, el eco sublime
de tu voz. Esa voz de madre
que toda mujer tiene
dormida en sus entrañas:

¡ amorosa llave !
que abrió mi corazón al sentimiento
¡ con su música inefable ! . . .

Y desde entonces te quiero dulcemente;
con ese amor que sabe
a cuna y que es también
sal y vinagre
sobre la herida
rabiosa de la carne . . .

EN EL CONVENTO

El armónium sus notas deslíe,
de inefable y serena dulzura,
entre un coro de trinos sublimes
que en el místico ambiente se esfuman.

Surca mi alma regiones etéreas
al sentir sus acordes alados,
y me siento envahido en la calma
de celestes y suaves halagos.

Trinan, trinan las blancas monjitas,
y sus trinos saturan la iglesia
de una triste y meliflua armonía,
de una lira sagrada y risueña.

De un anhelo de amor intangible.
Dulce amor que no mora en la tierra.
¡Que es fervor que nuestra alma preside
y a querer a la Virgen nos lleva !

CINE

Dormido tengo el pasado
en mi memoria llagada
y se despierta temblando
si mi conciencia le llama.

Nuestra pretérita vida,
¡ qué fácil es recordarla ! :
¡ película que reside
en el cerebro guardada !

* *
*

Se apaga la luz del día.
¡ En pleno día se apaga ! ...
De aquello que me rodea
ni siento ni veo nada.

Late inquieto el corazón
con intermitencias raras.
Aquí, raudo se acelera.
Allí, medroso se para.

Es que pasa la película
que yo mismo impresionara
por mi mente dolorida;
— blanco lienzo que destaca
las imágenes vividas
que de mi pasado me hablan —
Y estoy temblando de miedo,
y me avergüenza el mirarla
porque la veo en el cine
de mi conciencia y de mi alma.

* *
*

¡ Dichoso aquel que recuerda
tan sólo horas de bonanza,
y el ritmo de su corazón
no se detiene o se exalta
al contemplar la película
que en otro tiempo « filmara »
con la conciencia tranquila
y sonriéndole el alma !

SOR JOSEFA

Es la hermana enfermera mercedaria
de ojos azules, puros y serenos:
en un éxtasis sublime de plegaria
perennemente llenos.

Vive siempre una luz en sus pupilas
pacífica y risueña.
Son sus horas radiantes y tranquilas;
trabaja, ama, cree, reza y sueña . . .

Es su voz dulce, afable y armoniosa,
el cristal de su vida transparente:
— balido que la oveja candorosa
exhala dulcemente.—

Su paso alado evoca
un ángel de Murillo, cuando al viento,
riman las niveas alas de su toca,
de su andar inefable el movimiento.

Es virtuosa, solícita y amable;
complacer al enfermo es su ilusión:
¡no hay uno que le sea despreciable!
¡no hay falta que no alcance su perdón!

Como madre, prodiga sus ternezas
a los pobres enfermos. Como hermana,
disculpa sus flaquezas:
¡Que es buena religiosa, y es humana!

AMANE CER

¡ Ay, cómo lloran los pinos
el fracaso de la aurora !
¿ Dónde el traje que soñaron
de grana para sus hojas ?

El sol paseó un instante
su rubia risa en la fronda,
y los pinitos lucieron
la redondez de sus formas.

¡ Qué negros están, qué tristes,
todos unos en la sombra
de la cumbre, cumbre, cumbre,
entre la niebla borrosa !

LUTO

En mi rostro demacrado
se asoman tristes, perdidas,
las luces sin esperanza
de mis pupilas sombrías.

Por el campo — verde y oro —
viene una niña vestida
con la seda de los lirios
y las perlas de su risa.

He mirado fijamente
la hermosura de la niña ...
Melancólica, enlutada,
llora tras una colina ...

RENOVACIÓN

Ví en tu cara la imagen candorosa y divina
de la Virgen risueña que el poeta adivina
tras el diáfano cielo de unas glaucas pupilas.

Ví en tus labios bermejos el dulzor que destilas,
si es que cantas ingenua, si es que ríes gozosa:
¡ siempre tienen tus labios el candor de una rosa !

Ví en tu cuerpo la eurytmia seductora y pagana
que inquietaba mis días con un ansia liviana
y mis noches llenaba de amorosa inquietud . . .
¡ Y soñé aún en la vida desde el negro ataúd ! . . .

* *
*

Te acercaste risueña del abismo a la orilla
y llevóse tu aliento la traidora polilla
que extinguía silente de mi carne el ardor . . .
¡ Y me diste la vida con tus besos de amor ! . . .

SUEÑO

A. C. Miguel de Unamuno.

En rica escala de nácar
subí al cielo para verla.
¡Allí, no había, no había
más que luceros y estrellas!

Corrió el centro de mis huesos
el hielo de la sorpresa.
Pregunté: ¿Es este el cielo?
Si es el cielo: ¿Dónde está ella?

Estrellitas y luceros
se apagaron con mi queja . . .
¡Lleno de miedo quedé
entre las frías tinieblas! . . .

¡ Lucid, cielos, en mi tumba,
con la verdad de diademas ! . . .
¡ No la veo y la presiento
en el fuego de mis venas !

Estrellitas y luceros
se encendieron con mi pena,
y la ví resplandeciente:
¡ pero quedé ciego al verla !

CANTO A LAS ESTRELLAS

Yo conozco el lenguaje de las puras estrellas:
titilando me dicen sus divinas querellas
y sus cuitas me cuentan en su yerto fulgor.
Si entre pálidos rayos a la tierra descienden
y la linfa del río con su besos encienden
siento el mago deliquio celestial de su amor.

Si en la noche, la noche, tiritando de frío,
una estrella perdida cruza el cielo sombrío,
rubricando lo etéreo con su mágica luz,
palidece el lucero de la estrella su amante,
a la ingrata la llama con la voz suplicante
y le veo lloroso con los brazos en cruz.

CELOS

Tengo celos de tus ojos.
Tengo celos de tu boca,
si a otro hombre miras amable
o sonríes cariñosa.

Son estos celos monstruosos,
que mis entrañas devoran,
hielo en mis huesos despiertos,
y fuego en mi sangre mora.

Si tus miradas son de otro
en odio mi amor se troca
y una angustia indescriptible
el corazón me destroza.

Si a otro sonríes, mi mente
cruzan nubes tenebrosas :
¡ las del cobarde que mata,
y las del hombre que llora !

ENVÍO

Mujer : si me quieres, guarda
para mí solo la gloria
del mirar de tus pupilas,
de las risas de tu boca.

Para mí tus pensamientos
y tus ansias amorosas.
Mi cariño es egoísta :
¡ te quiero para mí toda !.

LA NIÑA Y EL CISNE

La risa sublime
de la Primavera
el parque llenaba
de verdes ofrendas.

Crisálidas leves
pintadas y bellas,
la brisa cruzaban
buscando sorpresas
de néctar oculto
en arcas de seda.

Mil arpas aladas
tañían sus cuerdas,
rociando de vida
y amor la arboleda.

Y los surtidores,
— anhelo y quimera —
lanzaban al cielo
sus rútilas perlas.
¡ Canciones divinas,
pacientes y eternas,
que ascienden y tornan
al suelo deshechas !

* *
*

Muy cerca del lago,
sentada en la hierba,
estática mira
la niña Teresa
un ramo de lirios
que adorna su diestra.

Tienen sus ojos
mirar de químera.
Es su alma un alondra
que vuela, que vuela . . .

No estima el regalo
de joyas y prendas.
quisiera ser viento
y ser azucena;
jugar con la Luna;
besar las estrellas,
y si es que del cisne
la gracia contempla
allá, por la linfa
del lago serena,
ser cisne la niña
quisiera, quisiera . . .

LA NIÑA

Blanca gondolita
que bien te recreas
nadando en la cuna
del agua hechicera.

¿Por qué, gondolita,
a mí no te acercas?
Yo quiero subirme
en tus alas argéneas
y jugar los dos
del agua en sus perlas

EL CISNE

No puedo hacer, niña,
lo que tú deseas;
el agua abriría
su lecho de felpa

y los crisantemos
tendrían hoy fiesta:
tejiendo guirnaldas
muy tristes esperan . . .

Aguárdame, niña,
cogiendo azucenas;
ya voy a jugar
contigo en la tierra . . .

LA NIÑA

¡ En la tierra, no !
Aquí todos juegan.
Yo quiero jugar
donde nadie pueda.
Linda gondolita
¡ no vengas, no vengas !

MADRIGAL

Tengo sed, chiquilla, de tus besos;
de esos besos que tiemblan en tus labios;
pajarillos que sueñan en su encierro
conquistar la belleza del espacio.

Tengo sed de tus besos virginales,
de esos besos ingenuos, largos, largos ...
placer indescriptible de la carne;
del alma fugitiva noble espasmo.

Tengo sed de tus besos palpitantes,
de esos tímidos besos que, en tu boca,
son rocío en la flor, y son la nave
que me puede llevar hasta la gloria.



BANDERILLAS

Tu alma, mujer, para mí, no es un arcano.
Hijos son de orgullo vano
tus múltiples desdenes. Si mi cariño
arrastras vanidosa por el suelo
haces lo que el niño
cuando tira rabioso
el juguete que quiere con desvelo.

HOJA DE ALBUM

Yo le guardo mi amor a la que adoro
como guarda un avaro su tesoro.
A veces, abro el arca de mi pecho,
y al verla, en mística emoción deshecho,
temblando, a un mismo tiempo, río y lloro.

RETRATO

Áurea y airosa melena
sobre la testa divina.
Largas pestañas de seda
y de cielo sus pupilas.

Fuego en la mirada ausente
que de lejos acaricia.
De cerca . . . ¡ no sé de cerca
lo que siento si me mira !

Fina nariz que, graciosa,
vuestro semblante perfila.
Exigua boca fragante
hecha de rosas y almíbar.

Rítmico y sal vuestros andares
donde las curvas palpitan.
Góndola majestuosa
que hace gala de su euritmia
en el balance armonioso
de las ondas cristalinas.

MOMENTO

Sé que me amas, y por eso
es tu amor un sueño blando:
un sueño inerte que fija
en mi alma inquieta el cansancio.

Yo necesito andar siempre
por el camino, descalzo.
Rasgar mi carne en las piedras.
Hundir mi alma en el Espacio.

Anhelo para mi espíritu
inquietudes y quebrantos:
¡ solo canto si me clavan
sus flechas los desengaños !

AGUA FUERTE — DRAMATICO

¿ Primavera, otoño ? — ¡ Será otoño primavera !
Cobre el sol. Hojas secas. Famélicas las ramas
Sin pájaros. Sin flores. Marchita la Belleza.

* *
* *

La sala interminable. Camas, camas, camas, y
trinchadas, desmayadas cabezas macilentas.
Olor a yodoformo. Llamadas a la Luna . . .
Concierto quejumbroso de tos débil y seca.
En las sábanas sucias y ásperas, rosas últimas
de sangre fría. ¡ La muerte, como el viento, des-
[ierta

RECONCILIACIÓN

Ya brilla puro el cielo con nuevos esplendores.
El sol inunda el campo de mágica belleza.
La brisa tornó blanda. La nieve en los alcores
descubre castamente su nítida pureza.

Al fin, se disiparon las nieblas inquietantes
que aleves ocultaban tu espléndida hermosura.
¡Ya puedo nuevamente mirarte como antes,
henchido de la misma divina calentura!

Quisiera en este instante que olvidas mis agravios
hallarnos los dos solos, muy cerca, confundidos;
mi mano en tu cintura, mis labios en tus labios,
tus brazos a mi cuello livianamente unidos.

Mis ojos penetrando en tu alma ardientemente;
los tuyos en los míos posando desmayados;
y así, los dos, temblando, borrar de nuestra frente
olvidos y rencores con besos apagados.

MEMORIA

Eran mis días radiantes.
Como un trofeo llevaba
de perlas, sueños y anhelos,
sobre mi cruz, la guirnalda
de tus ojos y tus risas.
— Golondrinas que arrancaban
las espinas de mis duelos
con sus piquitos de plata.

Mi afán, de día, era verte
en el balcón asomada.
¡Bellos instantes aquellos
en que alma y cuerpo temblaban
con una misma alegría
con una misma esperanza !

Era de noche mi anhelo
soñar contigo, y soñaba
las delicias que soñar
puede un alma enamorada.

Por el lienzo de mi mente
como pájaros cruzaban
inquietudes y certezas
en alegre caravana.

Con infantil desconcierto,
anhelante aquilataba
mi pena por tus olvidos,
mi gozo, por tus miradas.
— No me miró — ¡no me quiere —
— Me ha mirado — ¿es que me ama ?

¡ Divinas horas aquellas,
ya dulces como plegarias,
ya negras como blasfemias,
pero siempre saturadas
de esa inquietud seductora
plena de ensueños y de ansias !

Todos los días, temprano,
al despertarme, miraba
acezoso para el cielo.
Si era la atmósfera clara
sonreía, y si la niebla
con sus cortinas de gasa
me cubría tu balcón,
triste, muy triste quedaba.

Era para mí la nieve
cual la varita de un hada . . .
Me hacía verte de cerca . . .
¡ Bendita nieve, qué blanca !
¡ Qué buena era para mí,
y yo cuánto la admiraba !

Al llegar esa hora oscura
silenciosa y encalmada
que ciñe la sierra, sierra
de misteriosas nostalgias,
intranquilo, como un naufrago,
tras del cristal esperaba
ver una luz, y en ella,
ver tu imagen reflejada.

II

Ya tus ojos no me miran.
Ya tus labios no desgranan
aquellas leves sonrisas
que de placer me llenaban.

Tu balcón abierto siempre,
siempre desierto se halla.
¡ Sin ti, es un marco sombrío
que el lienzo vivo le falta !

Sueño aún contigo, mas tengo
un sueño sin esperanza.
¡ Ciego que anhela en su noche
mirar la rosa del alba !

La nieve en la hierba fina
pone sus lirios de plata.

¿Mas qué importa, si te quedas
en tu cuarto, si no bajas ? . . .

Luce en tu cuarto la luz
amarilla, desmayada . . .

¡ De tu balcón los cristales
con tu aliento ya no empañas !

¡ Tristes y largos mis días,
mis noches, tristes y largas;

solo, solo con mi cruz

y mi corona clavada

de espinas, sobre mi frente,

sin golondrinas de nácar

que arranquen con sus piquitos

las púas de mi nostalgia !

MI LIRA

Mi lira, libre, oculta, es solo para el viento.
Me gusta deleitarme oyéndome a mí mismo.
Y canto allí, en la cumbre, tocando el firmamento,
y canto en la pendiente ceñuda del abismo . . .

No busco el necio halago, la fama estrepitosa
que al Arte sacrifica con vanos resplandores.
Mi pobre poesía es cándida, medrosa.
¡ Violeta que perfuma lejana de las flores ! . . .

Cantando siento viva mi trémula conciencia.
Mi carne se adormece, despiértase mi alma;
y siento el baño suave, lustral, de la Inocencia
que limpia mis pasiones llenándome de calma . . .

Así, al mismo tiempo que canto estoy alerta,
cual grillo que en su cueva escucha el paso humano,
y callo si se acercan intrusos a mi puerta:
¡ que tiemblo al ver la paja que llevan en la mano.

ESTAMPA DEL HOGAR

Los ojos de las casitas
han entornado sus párpados,
verdes persianas movidas
por los dedos del verano.

En la brisa respirada
agita el árbol sus brazos
imprimiendo a sus hojitas
una danza de intervalos.

En la alcoba —verde y grana—
hablan, sin ruido, los cuadros.
Sueña la lámpara triste
con enaguas de brocados . . .

Y el espejo, con las horas,
va los objetos trocando . . .

Silencio de aguja y pluma
suave respiro de nardo.
Cose la esposa en silencio
un vestidito de raso.

Llena el marido cuartillas
entre el humo del cigarro.
El niño duerme en la cuna
su sueño nítido y alto.

En el rostro de la esposa
—frente blanca y ojos diáfanos—
se asoma puro un paisaje
de traslúcidos encantos.

El hombre ajeno a su dicha
va su razón hilvanando,
para cambiar pensamientos
por la harina del trabajo.

Los claveles del poniente
expiran amoratados.

La penumbra se pasea
misteriosa por los campos,
y los cristales sin sol
pintan paisajes opacos.

Junto a la cuna, los padres,
silenciosos, extasiados,
miran al niño que duerme
su sueño nítido y alto.

Luego se miran los dos
entre sonrisa y desmayo,
juntas sus trémulas almas
y estrechándose las manos.

Y porque no se despierte
el niño, paso, muy paso,
se alejan de la cunita
para besarse en los labios.

Los ojos de las casitas
levantan, lentos, sus párpados,
para mirar las estrellas
dormidas en el espacio.

José Luis Ruiz Arce



Precio: 2'50 Pesetas

